

TODO CAMBIÓ ESE VERANO

ELENA PEÑA BILBAO




ESPASA

ELENA PEÑA BILBAO
TODO CAMBIÓ ESE VERANO



© Elena Peña Bilbao, 2024
Autora representada por IMC, Agencia Literaria
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.525-2024
ISBN: 978-84-670-7272-3

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Huertas, S. A.
Impreso en España - *Printed in Spain*



Las líneas de la carretera se difuminaban a través de las lágrimas de Sara y se convertían en una alfombra asediada de olas, como un mar de asfalto ingobernable. La esperanza se le escapaba entre las ruedas de su coche, lo único que le quedaba, lo único que había salvado de aquella madrugada y de aquella vida. No reconocía ni un cartel amable que la reconfortara. Perdida. Nada. Apretó el acelerador sumida en un túnel de pensamientos como una cascada negra y autodestructiva. Los otros vehículos se cruzaban a su lado, luces a toda velocidad que la cegaban. Parecía flotar. Cada vez más oscuro, cada vez más rápido, cada vez más sola, en mitad de alguna carretera secundaria de las afueras de Madrid, pueblos deshabitados a esa hora de la noche. El cielo, tan negro como su propio miedo. Llevaba el alma agarrotada de alcohol y dolor después de una madrugada terrible. Y precisamente en aquella fecha, pensó Sara, el día del cumpleaños de su tía, 21 de junio, el inicio de un verano insondable como una ventisca. Su mano tiritaba sobre el

volante. Un cigarro inseguro entre sus dedos se dirigía titilante a sus labios rotos en llanto. Podía estar conduciendo como podía estar muerta, como quizás lo estaría dentro de poco si no conseguía controlar lo que ocurría a su alrededor y dentro de ella. Su respiración entrecortada, sus manos acartonadas y ese dolor en la boca del estómago, síntoma de la ansiedad que la había acompañado durante quince años. Conducía tan deprisa que hasta el tiempo parecía un susurro en sus oídos, un leve roce con la carretera sobre la que casi lograba desaparecer.

Solo una voz podría devolverle la calma. Había recurrido a ella en los peores momentos de soledad, en las noches eternas y en los desengaños, a escondidas siempre, como un espectro a kilómetros de distancia. Era la voz de su madre, Cecilia. Se inclinó sobre el asiento del copiloto, quería coger el teléfono móvil de su bolso y llamarla para sentir que no estaba sola, que su pánico no lograría volverla loca. Pero, al doblarse hacia allí, se desestabilizó y dio un volantazo que casi la saca del camino. El cigarro que llevaba en los labios cayó sobre el asiento, pero ni siquiera se dio cuenta. Agarró el volante con las dos manos y, con el susto en el cuerpo, consiguió controlar el coche entre sollozos. Todas sus cosas yacían desperdigadas sobre el asiento a su lado, lo que, por fortuna, había dejado el teléfono a la vista.

En quince años solo la había visto las dos veces que Cecilia apareció en su casa preocupada después de alguna llamada desesperada a la que luego Sara quitaba importancia. Y contaba las horas para que se fuera. Y cuando se marchaba, podía palpar la soledad asida a los muebles de su casa. Con su padre no había vuelto a tener contacto en todo ese tiempo y sentía su ausencia con la misma fuerza que aquel verano angustioso que se convirtió en un antes y un después. Ese día los abandonó a los dos, pero también a su carrera, a su novio y todos sus planes de futuro, por un sueño que, hoy se había dado cuenta, no conseguiría. Podía escuchar la voz de su padre repitiendo un «te lo dije», rencoroso y duro que la dejaba sin aliento.

Con los dedos entumecidos por la ansiedad buscó en la agenda del teléfono el número de su madre. Cecilia nunca había querido mantenerse al margen de su vida, incansable en sus intentos por acercarse a ella, por allanar el terreno de un reencuentro con Pedro, su padre. Pero Sara la rechazó una y otra vez, a ella y a todo lo que pudiera recordarle una existencia que había decidido tachar con negro, como un niño en un dibujo que emborrona con rabia hasta romper el papel.

—Mamá —dijo por encima del ruido de la carretera, de la velocidad y de las lágrimas.

Se quebró al escuchar su voz al otro lado del aparato.

—¿Hija? —había dicho somnolienta y asustada al percibir su estado.

Eso fue lo último que oyó Sara. El cigarro caído sobre el asiento empezó a quemar parte de la tapicería a su alrededor. Asustada movió el volante al intentar cogerlo. Su coche resbaló descendiendo por la ladera a su derecha. Quiso controlarlo y conducir en sentido contrario a la bajada. Fue inútil. Pisó el freno con todas sus fuerzas y por fin el vehículo se detuvo, pero Sara se golpeó con el volante. Un segundo y la oscuridad de la madrugada se metió en ella. Perdió el conocimiento.

El calor era insoportable, pensó Sara aún con los ojos cerrados. No quería abrirlos, no sabía lo que se encontraría, si estaría viva, malherida o muerta después del accidente. El airbag no había saltado, pero le dolían las costillas por la presión del cinturón de seguridad y la cabeza por el golpe. Eso la tranquilizó de alguna manera. Si sentía dolor es que aún estaba viva. Abrió los ojos. La luz de la primera hora de la mañana la cegó. Debía llevar unas dos horas inconsciente. Frente a ella, el amanecer iluminó el tronco de un árbol a tan poca distancia que, si hubiese avanzado un metro más, se habría golpeado contra él con terribles consecuencias. Todas sus cosas estaban desperdigadas dentro del coche debido a la frenada, un caos en el interior que

contrastaba con la quietud del paisaje, tan verde, solo con un par de árboles en la distancia, un camino vecinal aislado y un horizonte que parecía trazado con regla.

Lentamente, abrió la puerta del vehículo. Le dolía el cuerpo y, con dificultad, se alejó del coche que, excepto por unos cuantos rasguños, no había sufrido ningún daño. Se sentó en el suelo con la respiración entrecortada y se miró a sí misma. Veía sangre caer de su frente y al levantarse la camiseta se descubrió un golpe en las costillas. Pero no parecía tener mucho más. Las manos le temblaban tanto que le costó varios intentos encender un cigarro que llevaba en el bolsillo de sus pantalones negros junto con el mechero. Tenía la ropa manchada de sangre seca. La visión de sí misma en ese momento y la resaca de todo lo sucedido las horas previas terminaron por revolverle el estómago. Se dobló hacia delante y vomitó en la hierba a su lado. Aquella noche, antes de salir de la que había sido su casa, metió en una pequeña maleta las cuatro cosas que su rabia le permitió encontrar. Al menos tenía algo con lo que cambiarse, se dijo mientras se vaciaba. Recordó que la había puesto en el asiento trasero porque el maletero estaba lleno con la bolsa del gimnasio de Mario, o M, como quería que le llamara todo el mundo, su pareja intermitente hasta entonces.

Allí también estaba lo más valioso que tenía, en prácticamente todos los aspectos: su guitarra Taylor

de color rojo oscuro, igual que su cabello, una acústica de la que jamás se separaba desde que se la regaló su tía cuando era niña. Intentó recuperar el aliento, se limpió como pudo con la ropa que llevaba puesta— y que iba a tirar a la basura en cuanto tuviera ocasión— y corrió al maletero para comprobar que no le había pasado nada al instrumento. Lo abrió y miró dentro de la funda negra. No tenía ni un rasguño. Respiró aliviada al escuchar el sonido de cada una de las cuerdas al contacto con sus dedos.

Después se dirigió al asiento trasero y buscó en la maleta algo que ponerse. Encontró unos pantalones vaqueros y una camiseta negra que dejaba un hombro al aire. Se cambió incluso la ropa interior detrás de la puerta abierta de su coche.

No recordaba prácticamente nada de los minutos antes del accidente. Aquella noche había bebido mucho, había aceptado prácticamente todo lo que le ofrecieron, porque en ningún momento se le ocurrió que tendría que conducir. Estaba con M en una discoteca celebrando con los miembros de la banda de ambos su inminente contrato discográfico. Ella fundó Coco: así se llamaba el grupo seis años atrás, después de varios otros que terminaron por disolverse. Este era el que más había durado y parecía estar a punto de despegar. Mario se unió a ellos hacía tres años y, de alguna manera, había conseguido cambiar cada uno de los integrantes hasta llenarlo de amigos suyos con los que Sara tenía poca o ninguna

confianza. M llegó e hizo Coco suyo. Era el cantante, era lo lógico, se decía Sara, y le dejó hacer, mucho más desde que empezaron a estar juntos de aquella manera pasional y difícil que tenían. El chico, diez años menor que ella, se había quedado con su grupo, metido en su casa y hecho dueño de su cama. Al menos no estaba enamorada de él, se dijo, era un alivio saber que esta vez no se trataba de un corazón roto sino de pura rabia. Porque Coco había conseguido un contrato discográfico, había logrado lo que llevaba soñando desde que se trasladó a Madrid, e incluso desde antes. Estaba pletórica. Se equivocaba.

Aquella noche, después de innumerables brindis, Mario y ella se fueron a casa, y, nada más entrar, con la manilla de la puerta aún en la mano, le soltó:

—Lo siento, pero no contamos contigo para el álbum. Desde la discográfica nos han dicho que no les gusta tu estilo, eres un poco mayor que los demás, siempre tiras mucho para lo acústico y no es lo que ahora buscan. Yo creo que eres genial, pero...

Sus ojos repletos de lástima, la voz condescendiente, y sobre todo su mano colocada en el brazo de Sara, le habían producido una sensación de repulsa tan grande que estuvo a punto de vomitar allí mismo todo lo que había tomado horas antes. Se sintió ridícula por haber brindado con el resto del grupo sin que ninguno fuera capaz de insinuar siquiera que aquello iba a ocurrir. Cobardes.

Sara esbozó una sonrisa irónica. Debería haberlo hecho, pensó, debería haber vomitado en sus pies y así devolverle toda la celebración de forma nauseabunda, comportarse igual que estaba haciendo él con ella. No le dijo nada. Se fue hasta su habitación, metió varias cosas en la maleta, agarró su guitarra y dejó a Mario diciendo en alto:

—Pero no hace falta que te vayas, de verdad, una cosa es el grupo y otra nosotros... Siempre tienes que ser tan dramática...

Cogió su coche, cosa que ahora lamentaba porque nadie debería haber conducido jamás después de lo que había tomado, y se lanzó a la carretera sin rumbo fijo. Gritaba a la radio, cantaba con las lágrimas negras de rímel cubriendo su rostro y maldecía a cualquier coche que pasaba a su lado. Sara se frotó los ojos angustiada solo de pensar lo que podría haber provocado, no solo en ella sino en otro conductor.

Y de repente, como un *flash*, recordó lo que había hecho. Se irguió aún con la camiseta en la mano y se quedó paralizada. La voz de su madre... Tuvo que sentarse en el asiento trasero presa de la culpabilidad. Habría escuchado el accidente, estaría muerta de angustia sin saber nada de ella.

Corrió a la zona delantera del interior del coche para encontrar su teléfono, pero no lo veía por ninguna parte. Solo después de meter la mano bajo el asiento, en el suelo, en una esquina, dio con él. Tenía

la pantalla rota pero funcionaba. Había unas veinte llamadas perdidas de su madre, también mensajes aterrorizados que le preguntaban qué había ocurrido, dónde estaba y le decían que llamaría a la Policía. Cogió aire. No era igual hablar borracha en un momento de debilidad, que sobria, perdida y culpable. Pero no podía posponerlo. Pulsó la pantalla sobre el nombre de su madre y se encendió otro cigarro para pasar el trago.

—¡Dios mío Sara, estaba histérica! ¿Estás bien?

—Mamá, sí, tranquila. Sí, estoy bien.

—Estaba a punto de llamar a la Policía, no sabía si contárselo a tu padre...

—¿Lo has hecho?

—No porque está en Bilbao y no me coge el teléfono. ¿Qué te ha pasado?

—Me salí de la carretera, pero estoy bien, y el coche también.

—No habrás hecho ninguna tontería, ¿no? ¿Justo hoy? Ya sabes que era...

—Sí. Sí, ya sé que era el cumpleaños de la tía Coco. Y antes de que siquiera lo pienses, no, no lo he hecho a propósito. Solo ha sido torpeza.

—¿Estás segura? —insistió su madre con un hilo de voz.

—Te lo juro, mamá... —se dijo también a sí misma porque la otra posibilidad le daba demasiado miedo—. De hecho... —cambió de tema—. Me preguntaba si podría ir a veros. Tengo unos días y... —Sara

estaba bastante incómoda planteando este asunto, ni siquiera era algo que hubiera pensado conscientemente pero no tenía dónde volver, y no era solo una forma de hablar. Sus conocidos de Madrid, a pesar de llevar muchos años allí, pertenecían a la órbita del grupo y se sentía humillada teniendo que explicar que la habían echado del mismo. Prefería esconderse por una temporada y reponer fuerzas, aunque eso supusiera volver a Bilbao con la cabeza gacha.

—Cariño, siempre puedes volver a casa, pero estamos en la playa, en Llum de Mar. Desde que nos jubilamos el año pasado nos quedamos el verano entero aquí, hasta septiembre. Tu padre ha tenido que ir a resolver un asunto de la farmacia a Bilbao, pero está a punto de volver. ¿Vas a venir entonces?

Sara notó la mal disimulada ilusión que su madre había puesto en sus palabras. En otras circunstancias le habría dicho que quizás en otro momento, habría inventado cualquier excusa para no tener que verlos, sobre todo si estaba su padre, pero no podía permitirse elegir.

—Sí, puede que sí —dijo antes de colgar para ahorrarse las muestras de alegría que ya oía expresar a Cecilia a través del teléfono.

—¡Perdone! ¿Está usted bien?

Un hombre con una cachava larga y una mochila intentaba llamar su atención desde lejos. Solo al verlo se dio cuenta de que aún no se había vestido del

todo. Llevaba la camiseta en la mano por lo que estaba en sujetador.

—Sí, sí, es que me he perdido —respondió mientras se vestía.

—¿Necesita ayuda?

—No, gracias, tengo el móvil —dijo con una sonrisa moviéndolo con la mano en un gesto bastante ridículo, pensó después.

El desconocido levantó el bastón a modo de despedida y desapareció.

Sara, ahora ya vestida, se sentó en el asiento del conductor y buscó en el teléfono la ruta desde donde se encontraba hasta Llum de Mar, el pueblo costero junto al Mediterráneo en el que había pasado casi todos los veranos de su infancia y adolescencia. Sentía que volvía a ser aquella chica de veinticuatro años que se escapó de madrugada, con las zapatillas en la mano, sola y llena de sueños. Pero la suya no era una película con final feliz, porque aquí estaba, de vuelta a casa, con la culpabilidad sobre sus hombros por haber hecho las cosas tan sumamente mal en el pasado y volviendo al lugar del que huyó, con las esperanzas hechas añicos y convertidas en simples quimeras.

Se asomó a la ventanilla y se fijó en su rostro reflejado en el espejo retrovisor. Vio las ojeras, el rímel corrido por el llanto, la herida en la frente y los restos de sangre seca en su piel. Ni se molestó en limpiarse, solo desvió la mirada, arrancó y se marchó

de aquel lugar que había sido testigo de lo peor de sí misma. Ahora venía lo de enfrentarse a su pasado. Puso la música conectada a su móvil. La voz de Maria Callas le llegó como un baño helado.

—No estoy preparada para esto —susurró.
Cambió de canción y se puso en marcha.